



MANUEL DANIEL CARRICONDO Y GRACIELA CRISTINA VERDECANNA

6 de diciembre de 1977

Daniel vivía con sus padres en Montevideo y 27, donde funcionó durante mucho tiempo la zapatería “Las nietitas”, tiempo después sus padres decidieron mudarse a La Plata a la calle 1 y 41. Allí cursó la primaria en la Escuela N°5 “Coronel Tomás Espora” y la secundaria en la Escuela Industrial “Albert Thomas”, egresando como técnico químico. Después de pasar por la Facultad de Ciencias Médicas de la UNLP estudió Ingeniería Química en la Universidad Tecnológica Nacional (UTN), pero no llegó a recibirse. Daniel y Graciela eran del mismo año de nacimiento; él nació el 9 de noviembre en Berisso y ella el 25 de diciembre de 1950 en La Plata. Se conocieron en el barrio, los Verdecanna vivían a la vuelta de su casa en 41 entre 1 y 2, zona entre la Estación de trenes y Plaza Alsina.

Marta compartió parte de su infancia y adolescencia con ellos en aquel barrio de la estación de tren, “mucho más con Graciela, amiga en las tardes ‘veredeando’, haciendo mandados juntas. De Daniel recuerdo su carita redonda con flequillo. Graciela siempre estudiosa y voluntariosa. Realizó la primaria en la Escuela N°37 ‘Remedios de Escalada’ y la secundaria en el Normal. Egresó como maestra. El tiempo fue pasando y se enamoraron, trabajaban y luchaban por un mundo mejor. Mi hermana era alumna de Arqueología en el Museo de La Plata y recuerda a Chela, como le decían amigos y familiares, cuando era profe de trabajos prácticos y estaba embarazada. Llevaba una capa azul como abrigo que por esa época se usaba. La vio por última vez en un barcito de Capital y le comentó que había unas madres que se estaban juntando en Plaza de Mayo”.



Por su parte José, también amigo del barrio, tiene recuerdos inolvidables de aquellos días en que *“el fútbol nos unía, los sábados era un ritual ir a las canchitas del bosque o cruzando las vías del ferrocarril, un espacio nuestro que nos apropiamos para jugar fútbol de a dos. Graciela, de ojos hermosos, era tranquila y con ella jugábamos al ajedrez, a las damas o la payana con cinco piedras que no debían caerse de las manos. Así nos entreteníamos las tardes de verano cuando la siesta era sagrada. La adolescencia nos encontró con Dany yendo a los primeros cumpleaños de 15, los malones, reunión de cartas, salidas y la excitante emoción con el despertar de una nueva experiencia, muy íntima de cada uno, que nos contábamos por ser fieles amigos y cómplices, casi hermanos”*.

Compartían la pasión por la política y por el fútbol, él fanático de River y ella de Estudiantes. Al comenzar a estudiar en la universidad al calor de la militancia, y la pasión por construir un país mejor se pusieron de novios, se casaron en 1974 y fueron llegando las hijas: las mellizas Manuela y Victoria nacidas el 13 julio de 1975, y dos años después el 18 de abril de 1977 nació Emiliana.

Chela se recibió de Licenciada en Botánica con un promedio muy alto. Inmediatamente le ofrecieron quedarse como docente en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Manuel, el 26 de julio de 1973, ingresó a la Cámara de Diputados y se desempeñó como secretario de la presidencia. Simpático y querible, sus amigos y compañeros de trabajo mencionaban que era amable, muy solidario y que siempre se caracterizó por su buen humor, se conformaba con lo que tenía y disfrutaba con muy poco.

Todos sus familiares decían que eran muy familiares, de compartir momentos esenciales y especiales rodeados de sus afectos: *“Daniel fue un primo adorable, muy alegre muchas veces veraneó con nosotros en San Clemente o Mar de Ajó”* (Susana), *“con su cabello suave al igual que su bigote que cuando te daba un beso no pinchaba, era mi ídolo, me llevaba 15 años, era el primo más grande, de un hablar muy tranquilo y dulce. De Graciela me quedó la tara de como secar los platos, era así, un plato arriba y otro abajo, con el repasador secaba la parte de arriba del de arriba y la parte de abajo del de abajo y luego intercambiaba, eso me quedó grabado. Nos juntábamos en casa de mi mamá a comer caracoles con tuco, parece que*

a mis viejos les salían ricos” (Sandra). “Cada vez que Daniel llegaba se notaba su presencia. Tío Coco y Edu eran cómplices de sus picardías, jamás lo vi enojado. Mi prima Graciela, era hermosa, una excelente hija, hermana, nieta, prima, compañera, estudiante. Nunca voy a olvidar cuando ayudaba durante horas hablando por teléfono a sus compañeros o cuando estudiaba en voz alta” (Pablo). “Los fines de semana nos juntábamos en la quinta a comer asados, y organizábamos torneos de fútbol, vóley truco. Dani se preparaba para ganar, usaba una vincha a lo Guillermo Vilas, salía a la cancha dándose aliento a sí mismo con su ‘Carricondo viejo nomás’ y si le tocaba de compañero su primo la frase de la arenga era ‘para un Carricondo no hay nada mejor que otro Carricondo’. A ella le gustaban las plantas, solía recolectar hongos, hojas. Dibujaba, tocaba muy bien el piano, todo lo hacía bien. Fue abandonada, era sensible cálida, muy responsable” (Laura). “Una hermosa pareja, cuando fuimos a visitarlos a su departamento porque habían nacido ‘las melli’, Daniel las alzaba con tanto cuidado y asepsia que emocionaba verlo: nos presentaba a Manuela y decía es bien tranquila y mimosa, luego alzaba a Victoria y decía es más nerviosa, y mimosa” (Susana). “Graciela con su carácter sereno, su empatía por el prójimo y sus ojos puestos donde había una necesidad. Daniel solidario, optimista, levantando el ánimo de todos los que conocía, siempre haciendo bromas. Así los recuerdo, comprometidos y valientes, brillantes pensadores haciendo de sus vidas militantes un canto de amor a la vida El mismo amor a la vida por el que tuvieron a sus hijas” (María José).

Ambos militaban en el Partido Comunista Marxista Leninista (PCML). Danny o Beto, como le decían, lo hacía en la “Mesa o Frente Gremial de Trabajadores Estatales” y ella en el “Frente Docente”. Leticia afirmaba que fue una de las militantes más humildes y sin soberbia que conoció, “era mi responsable en el frente docente, hicimos algunos volantes juntas, algunos de ellos fueron un disparate, volanteábamos algunas escuelas y cuando nos dimos cuenta del disparate nos reímos juntas y sin recriminaciones. Chela no recriminaba, con su sabia tranquilidad escuchaba y transitaba. Y así tranquila, con sus ojos claros, me contó de sus mellizas. Lo más fuerte que le escuché decir era lo difícil que se le hacía deambular desapercibida, con un casi transporte escolar, porque los taxistas de la ciudad la reconocían, ¡nosotras que éramos tan clandestinas! Supe por Bigote (Raúl Alfredo Bonafini, uno de los hijos de Hebe detenido desaparecido en el marco del ‘Operativo Escoba’), que a Chela le habían allanado la casa y que lograron ubicarla antes que regresara y la llevaron a otro lado, esa vez la pudimos salvar. Cuando nos fuimos a Buenos Aires se suponía que íbamos allí porque era más seguro, después supe que estaba embarazada y que había tenido otra nena”.

Cuando los militares tomaron el poder, la Legislatura bonaerense cerró sus puertas y muchos de sus trabajadores fueron despedidos o reubicados en otras dependencias. A Daniel lo derivaron al Instituto Biológico “Dr. Tomás Perón” de La Plata. Las ciudades y sus calles se volvieron hostiles, con retenes, controles con listas en la mano pidiendo documentos en los colectivos, autos y todo lo que se moviera. Una cacería tenaz y persistente que incrementó la represión, persecución y desaparición de militantes populares en todo el país. En uno de estos operativos fueron detenidos uno de los fundadores del PCML y otros dirigentes de la conducción nacional. La respuesta de la organización llegó el 30 de mayo de ese año, cuando secuestraron en Gonnet al coronel Juan Pita con el objetivo de forzar un intercambio de prisioneros. Las fuerzas armadas no acordaron el canje y finalmente después de 6 meses de cautiverio en una “cárcel del pueblo”, el 6 de diciembre del 76 el coronel logra escapar. Hasta esa fecha el PCML no había sufrido grandes bajas, pero este hecho

seguramente aceleró la necesidad de preservar a sus cuadros de la cacería que se desataría contra la organización, poniendo en marcha un plan de retiro estratégico y defensivo hacia otras regionales del Partido. El viernes 10 de diciembre Daniel fue por última vez a trabajar al Instituto Biológico. Sabía que lo estaban buscando y de acuerdo a lo conversado con los responsables políticos, era el momento de mudarse a Capital. Chela estaba en el quinto mes de su segundo embarazo y se instalaron con las mellizas en un departamento de San Telmo ubicado en la calle Perú N°923 4° piso “4”, donde en abril del 77 nació Emiliana.

La madrugada del 6 de diciembre del 77 en el marco del “Operativo Escoba” Dani y Chela fueron secuestrados de esa vivienda junto a Guillermo Ángel Ercolano Cortina (*Quicho, Quincho*), estudiante de Agronomía en la UNLP y empleado del Ministerio de Economía de la provincia, que al igual que ellos era buscado en La Plata. Esa madrugada el “Grupo de Tareas N°3” de la Marina irrumpió en el departamento fuertemente armado. Hubo violencia y destrozos, lo único que se preservó fue la habitación de las nenas. Se llevaron al matrimonio y al compañero que circunstancialmente estaba con ellos, las mellizas de dos años y Emiliana de siete meses, fueron dejadas en el departamento de una vecina. Daniel, Graciela y Guillermo fueron vistos en los Centros Clandestinos de Detención “Club Atlético” y “Banco”.

El circuito clandestino ABO que funcionó desde 1976 hasta 1979, estuvo bajo la órbita del primer cuerpo del Ejército Argentino que dirigía el general de división Carlos Guillermo Suárez Mason. Los centros clandestinos “Atlético”, “Banco” y “Olimpo” funcionaron de manera sucesiva, y fueron considerados, más allá de los nombres y ubicaciones, como un mismo centro clandestino. El primero fue “El Atlético”, ubicado en un predio delimitado por Paseo Colón, Cochabamba, San Juan y Azopardo en Capital federal, funcionó entre febrero y diciembre de 1977, cuando fue desalojado para ser demolido por la construcción de la Autopista 25 de mayo. El accionar represivo se trasladó luego a “El Banco”, ubicado en Avenida Ricchieri y Camino de Cintura, partido de La Matanza, hasta el 16 de Agosto de 1978 cuando pasó a funcionar en el tercer lugar del circuito, denominado “El Olimpo”, en la División de Automotores de la Policía Federal, ubicado en Ramón Falcón, entre Lacarra y Olivera, también en la ciudad de Buenos Aires. En la entrada tenía un cartel que decía: *“Bienvenidos al Olimpo de los dioses. Los centuriones”*, transmitiendo la idea de que ellos decidían allí, la suerte que correría cada uno de los detenidos. Con motivo de la visita al país de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la Organización de Estados Americanos (OEA) en enero de 1979, el gobierno militar intentó descalificar esa presencia y respondió con el famoso eslogan *“los argentinos somos derechos y humanos”*. El CCD fue desmantelado y la mayoría de los detenidos-desaparecidos fueron “trasladados”. Eufemismo utilizado para referirse al exterminio masivo de los detenidos que consistía principalmente, en ejecutarlos y enterrarlos en fosas comunes o arrojarlos vivos desde aviones al Río de la Plata o al océano Atlántico. Solo unos pocos sobrevivieron para brindar testimonio del horror vivido. Daniel, Graciela y Guillermo continúan desaparecidos.

Manuela, una de las mellizas brindó su testimonio: *“Si es desordenado el hilo de mi narración, es porque fue desordenada la manera en que me fui enterando. Después de 39 años de lo sucedido, un día llegó un mensaje a mi facebook que decía: Hola Manuela, soy Pochy Composto, la vecina que las cuidó ese día. Me contó que durante todos este tiempo, se acordaba de nuestros cumpleaños, que desconocía donde vivíamos para escribirnos, hasta que con el auge de las redes sociales nos encontró. A partir de ese hecho pudimos reconstruir los*

últimos momentos de mis viejos. Nos contó que mi mamá golpeó la puerta de su departamento y le preguntó si podía quedarse con nosotras tres, al decir que si, un militar que oficiaba de 'bueno' le permitió a mi vieja preparar un canasto de mimbre donde puso gelatina, pañales y doblo ropita para un par de días. El que parecía estar a cargo del operativo le advirtió que si nadie buscaba a las nenas en tres días, ellos volverían para llevárselas. Otra hubiese sido la historia, si esta señora de 29 años no hubiese accedido al pedido. Esta mujer para nosotras es una heroína, como tantos héroes anónimos que de manera desinteresada y solidaria son parte de nuestro pueblo”.

Ese mismo día, después de enterarse del secuestro, su abuela paterna las fue a buscar. Las mellizas volvieron a Berisso. Emiliana tenía 8 meses, se crió en La Plata con una tía paterna, y recordó que esa madrugada fue la última vez que estuvieron todos juntos. También manifestó su agradecimiento y reconocimiento a Pochy que fue la última persona que vio a sus padres encapuchados en camisón y pijama saliendo de su casa rodeada de militares armados.

Con un tono sereno y pausado Manuela continuó su relato, “ante mis inquietudes e incertidumbres de niña acerca de por qué no estaban, mi abuela me decía, tu papá y tu mamá volverán cargados de juguetes. El relato acorde a mi edad era el ideal: papás trabajando en una juguetería en el sur. Lejos, muy lejos, ¡tan lejos! Esperaba junto a mis hermanas ese momento, con tanta ansiedad, alegría y angustia contenida. No se hablaba mucho, no se hablaba nada. Estaba prohibido sufrir y volver a sufrir. El silencio, el temor, la culpa de la palabra primaba. Y a veces la sensación de abandono. Cartas y cartas de amiguitas de la escuela donde me preguntaban por ellos, eran quemadas a escondidas de mi abuela. No se tenía que hablar, no se debía sufrir más. Ante el silencio extendido en años y la bulliciosa adolescencia que me incitaba a saber más, a saber algo, surgieron grandes aventuras desenfrenadas de búsqueda. Todas infructuosas. El relato de la juguetería fue cambiando al ritmo de mi anatomía. Cuando ya no esperaba más juguetes, supe que a ellos, a mis viejos, unos ‘señores malos, que no estaban de acuerdo con sus ideales, se los llevaron’. Dándole contenido así al término ‘desaparecidos’. Llegaba a la universidad y crecían más los miedos. El silencio me envolvía más que nunca, no se debía hablar. Los centros de estudiantes los veía de lejos. El apellido ‘prohibido’ era ‘peligroso’, según la abuela. La negación de la identidad era la que primaba ahora. Las letras y la docencia fueron las primeras herramientas que me dieron la palabra. Claro que una vez que ella ya no estaba. Se fue sin volver a hablar, se fue sin volver a ver a su hijo y a su nuera. Y yo empezaba a nacer. Nací por primera vez en un aula con mis alumnos, de la mano de la literatura, a través de textos sobre dictadura que me ayudaban a hablar de mí, de nuestra historia. La angustia y el dolor no se iban del todo, nunca, y nunca se irán. Nunca se irán si me quitaron lo esencial de la vida. Un abrazo suyo, al mínimo llanto mío, las tediosas fotos de los padres, el primer día de jardín, de primaria o de secundaria. Los peinados ¿lindos, feos? de mamá o de papá. La contención de ella en mis cambios hormonales, los retos de él en mis rebeldías adolescentes, o quizás hubiera sido a la inversa. La complicidad en mis travesuras, su compañía en mis tristezas. Mis hijas también sufren su ausencia, les quitaron los apretujones de sus abuelos y el amor desmedido que seguramente les hubieran dado. Siempre los busqué, siempre. Tan jóvenes como en sus últimas fotos, tan bellos como me contaron que eran. Un día me di cuenta que nunca llegarían con la bolsa de juguetes desde tan lejos, que esos señores malos nunca me los devolverían, que los ‘desaparecidos’ lo seguirían siendo. Lo siguen siendo. Que los abrazos a mis hijas nunca serían posibles más que en sueños. Ahí me propuse buscarlos de otra forma. Conocerlos, no solo por sus fotos o anécdotas familiares, sino a través de sus

ideales, de lo que soñaban. Y comencé a militar. La militancia me salvó, lo dije siempre. Me hizo ver que no estaban tan lejos, sino dentro de mí. En cada lucha los tengo cerca, en cada lucha vuelvo a nacer. Los veo en cada camarada que me acompaña, en cada trabajador que reclama, en cada joven que denuncia, en cada mujer que grita por sus derechos. Ya no siento sus ausencias, sí, levanto sus banderas, las del socialismo, cuando lucho con mis compañeros como ellos lucharon con los suyos por un mundo libre, sin oprimidos ni explotados. Me lleno de orgullo y de esperanza en cada camino recorrido junto a mis camaradas”.